

CELSO LUCIO

EL COMANDANTE

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

Estrenado en el Coliseo Imperial el 4 de Mayo de 1909.



Copyright, by the authors, 1909.

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1909

1874
1875
1876
1877
1878
1879
1880
1881
1882
1883
1884
1885
1886
1887
1888
1889
1890
1891
1892
1893
1894
1895
1896
1897
1898
1899
1900

EL COMANDANTE

Esta obra es propiedad de sus autores, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Droits de representation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

EL COMANDANTE

JUGUETE COMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

original de

CELSO LUCIO

Estrenado en el Coliseo Imperial el 4 de Mayo de 1909.



MADRID
IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ
Libertad, 16 duplicado, bajo.

1909

STANFORD 13

A mi querido amigo el Dr. Antonio Navarro Fernández, en prueba de cariño

El Autor.



ACTO ÚNICO

Gabinete bien amueblado. Puerta foro y laterales.

ESCENA PRIMERA

SOLEDAD y DON FRANCISCO

D. FRAN. Contentísimo, doña Soledad; he dormido admirablemente, he tomado el desayuno con apetito y aquí estoy dispuesto á lanzarme á recorrer este Madrid, del que tengo tan buenos recuerdos.

SOL. ¿De modo que no ha extrañado usted la cama?

D. FRAN. Como si hubiera dormido en ella toda la vida.

SOL. Tal vez el cansancio del viaje.

D. FRAN. Puede; pero crea usted, doña Soledad, que lo que más contribuye á mi bienestar es haber encontrado una casa tan cómoda y una familia tan amable.

SOL. Muchas gracias.

D. FRAN. De nada, señora; bien me decía mi amigo Lucas en Logroño, cuando escribió á usted: «Si tienes la suerte de que esta señora pueda recibirte en su casa para vivir en familia,

me lo agradecerás mil veces, pues aparte de que te evitarás las incomodidades de una fonda, hallarás cariño, atenciones y amabilidades.»

SOL. Don Lucas nos quiere mucho. ¡Era tan amigo de mi difunto esposo! Fueron compañeros de oficina en Hacienda, hasta que á don Lucas le destinaron á Logroño.

D. FRAN. Donde tuve el gusto de conocerle, y con el único que he intimado de veras durante el tiempo que allí he estado de guarnición. Pero, en fin: ya estoy en Madrid, que era mi sueño, é instalado gracias á él en las mejores condiciones.

SOL. Pues bien, don Francisco, ya que parece usted tan satisfecho y es tan amable, me voy á permitir pedir á usted un favor.

D. FRAN. Lo que usted quiera.

SOL. Como usted sabe, mi hija y yo vivimos solas desde la muerte de mi esposo, y aunque nuestras relaciones no son numerosas, ya sabe usted lo que es el mundo, y si supieran que tenemos un huésped, aunque esto no es deshonesto, daría lugar á críticas y comidillas entre vecinos y conocidos. Además, mi Anita tiene relaciones, que el novio quiere formalizar, con un muchacho empleado, muy bueno, y á quien deseamos también ocultar esta circunstancia; como ha de venir á visitarnos y ha de conocer á usted, hemos pensado que ante él y ante los amigos de la casa pase usted por un pariente, por ejemplo, un tío de Anita que, al venir destinado á Madrid, quiere vivir con su familia; usted ya nos conoce por don Lucas y sabe quién somos y...

D. FRAN. No faltaba más, ya lo creo, con mil amores; además me parece un buen acuerdo.

SOL. Ya ve usted, mujeres solas.

D. FRAN. Sí, sí, decidido soy de la familia, y como tal pueden ustedes tratarme desde este momento.

SOL. Gracias, don Francisco, y ahora me voy á

comunicárselo á Anita, que esperaba impaciente su resolución.

D. FRAN. Ya lo creo; pues nada, ¡ame usted á mi sobrinita y...

SOL. (Llamando.) ¡Anita! ¡Anita!

ESCENA II

DICHOS y ANITA por la segunda izquierda.

ANIT. ¡Mamá!

D. FRAN. Buenos días, señorita.

ANIT. Muy buenos.

SOL. Mira, Anita, este señor, dando una prueba de su amabilidad, no tiene inconveniente en hacernos el favor que le he pedido, de pasar por un individuo de la familia.

ANIT. Muchas gracias, don Francisco.

D. FRAN. ¡Qué don Francisco nada de don! Hay ó no hay confianza, somos ó no parientes; desde hoy usted para mí es Anita, y yo para usted su tío Francisco. ¡Qué Francisco! Más confianza, Paco. Paco á secas; de modo que el que ha venido á su casa es el tío Paco.

SOL. Eso es.

ANIT. Pero no me voy á atrever...

D. FRAN. ¡Ya te acostumbrarás, sobrinita! (Riendo.) ¡Ja! ¡Ja! Y ya sé que tienes novio y que quiere casarse; te felicito y te ofrezco un buen regalito, y ya verás en cuanto yo conozca al pretendiente cómo le aconsejo y cómo le hablo de mi sobrinita.

SOL. Gracias, es usted un buen amigo.

D. FRAN. ¿Cómo amigo? ¡Soy un gran tío! ¿No es verdad, sobrinita?...

ANIT. Sí, señor; y se lo agradezco, don Francisco.

D. FRAN. ¿Cómo has dicho?...

ANIT. Que se lo agradezco, tío Paco.

D. FRAN. Muy bien, y ahora voy á salir un momento; tengo que hacer dos encarguitos, pero vuelvo en seguida.

- SOL. Si, y le presentaremos á usted á Arturo, su futuro sobrino.
- D. FRAN. Perfectamente; pues hasta luego.
- SOL. Almorzaremos á la una, si á usted le parece.
- D. FRAN. Muy bien; pero yo vendré antes. Adiós.
(Vase foro.)

ESCENA III

SOLEDADE y ANITA; luego TOMASA

- SOL. ¿Pero has visto qué señor tan amable?
- ANIT. Y muy simpático.
- SOL. Ya verás cómo ha sido una suerte la venida de este señor, porque además de la ayuda que nos prestará con su pensión, siempre es una ventaja, para todo, que haya un hombre en casa, y más si es de la familia.
- ANIT. Ya lo creo; y así Arturo podrá venir un ratito á casa por las noches, cosa que le tenías prohibido por esa razón, la de ser mujeres solas.
- SOL. Sí; alguna noche ya podrá venir.
- ANIT. ¡Que gusto!
- SOL. (Llamando.) ¡Tomasa! ¡Tomasa!
- TOM. (Por el foro.) ¡Señora!
- SOL. Ya sabe usted; si viene algún recado ó preguntan por don Francisco Suárez, es el señor que llegó anoche, el tío de la señorita.
- TOM. Sí, señora
- SOL. Y tenga usted cuidado con todo, porque el tío de la señorita es militar y tiene mal genio, y en cambio si ve que está bien atendido, seguramente que no la faltará alguna propina.
- TOM. Descuide la señora, nada le faltará.
(Llaman dentro.)
- ANIT. ¡Han llamado! ¿Será Arturo?... Anda á abrir.
(Vase Tomasa foro.)

ESCENA IV

DICHOS menos TOMASA; á poco ARTURO

ANIT. ¡Lástima que no esté don Francisco para habérselo presentado!

SOL. No importa. Como ha dicho que volverá en seguida

ART. ¿Se puede? (Entrando. Trae un pañuelo en la cara.)

SOL. Adelante Arturito.

ART. Doña Soledad, muy buenos días. Hola, Anita. ¡Ay!

ANIT. ¿Que te pasa?

ART. ¡Ay! ¡No sabes qué noche! Figúrense ustedes que yo, que me paso la noche entera durmiendo hasta que me despierto. ¡Ay!

SOL. Como todo el mundo.

ART. No; quiero decir, que no me despierto en toda la noche.

SOL. ¡Ah!

ART. ¡Bueno; pues ésta la he pasado sin poder pegar un ojo!

ANIT. ¡Pobrecillo!

ART. Al principio sentí como unos golpecitos aquí (Señalando la cara.), en la muela del juicio. No le di importancia. Me dispuse á dormir pensando en ti como todas las noches, cuando de repente... pin, pin, los golpecitos más fuertes. Empiezo á dar vueltas en la cama desasosegado, y cuando ya parecía quedarme tranquilo, de repente...

ANIT. Los golpecitos.

ART. Sí; primero los golpecitos, pero luego un repique. ¡Qué rato, doña Soledad! Si no hubiera sido tan tarde, me voy á casa de un dentista y hago que me saque la muela, porque era tal el dolor que prefería perder la muela á perder el juicio.

ANIT. ¿Y te sigue todavía?

- ART. Me sigue, me sigue... ¡Ay!
- SOL. ¿Y no ha puesto usted ningún remedio? Dicen que es muy bueno un higo seco.
- ART. ¡Anda, un higo! ¡No haga usted caso! Me he comido ya un cuarto de kilo y me duele más. ¡Tengo un ardor en el estómago!
- ANIT. ¿Y qué vas á hacer?
- ART. Pues ir ahora mismo á casa del dentista á ver si me alivia ó hace falta que me la saque.
- ANIT. ¡Ay, por Dios, Arturito! ¡Que no te la saquen!
- SOL. Pues en esta misma calle hay un dentista muy bueno.
- ART. A ese iba; pero al pasar por aquí he querido subir á ver á ustedes.
- SOL. Pues nos alegramos, porque aquí hay también novedades.
- ART. ¡Ay!
- ANIT. Hay; pero más agradables.
- SOL. Pues que anoche recibimos un telegrama anunciándonos que en el tren de las once llegaba á Madrid un tío de Anita.
- ANIT. Sí; el tío Paco.
- ART. ¡No será el de la rebaja!
- SOL. Viene ascendido á Comandante y destinado á Madrid.
- ANIT. ¡Y no sabes lo mejor! Que se queda á vivir con nosotras; que no quiere fondas y prefiera vivir en familia. ¡Como nos quiere tanto!
- ART. Pues no veo lo mejor.
- ANIT. Sí, hombre; que te presentaremos á él, que es muy cariñoso, y que ya, habiendo un hombre en la casa, podrás venir por las noches á hacernos un ratito de compañía.
- ART. ¡Es verdad! ¡Cuánto me alegro!... ¡Ay!... ¿Y dónde está?...
- SOL. Ha salido un momento, pero no tardará.
- ART. ¡Ay!... ¡Ay!...
- ANIT. ¿Todavía?
- ART. Sí; los golpes otra vez. Así es que mientras llega tu tío voy á acercarme á casa del den-

tista y vuelvo para que me presenten ustedes.

SOL. Eso es; y nosotras, entretanto, vamos también á salir á comprar algunas cosas indispensables, que hacen falta para el cuarto del forastero.

ART. Bueno. Pues hasta luego ¡Ay! ¡Los golpes! ¡Me voy antes de que llegue el repique! ¡Yo me la saco! ¡Yo me la saco! (Vase foro.)

ANIT. ¡Pobre Arturo!

SOL. Eso no es nada. Vaya, vamos á nuestras compras, para que cuando vuelva el Comandante encuentre el cuarto bien arreglado. ¡Tomasa!

ESCENA V

DICHOS y TOMASA

TOM. (Saliendo foro.) ¡Señora!

SOL. Vamos á salir un momento: ya sabe usted lo que la he dicho; si viene algún encargo ó visita para el señor, lo recibe usted. ¡Ah!... y que la comida esté para la una.

TOM. Descuide usted, señorita.
(Vanse Soledad y Anita foro.)

ESCENA VI

TOMASA; después RAMIREZ

TOM. ¡Bah! Otro más á quien servir. Y menos mal si, como dice la señora; puede que haiga alguna buena propina; ya veremos (Llaman.) ¿Llaman? ¿Y quién será?... (Va á abrir. Desde dentro.) Sí, señor, han salido (Apareciendo con Ramírez.); pero volverán en seguida. ¡Si quiere usted esperar un momento!

RAM. Sí, esperaré, y además quiero que me con-

- firmes una noticia que me ha dado mi asistente. Tú ya me conoces. ¿no es verdad?
- TOM. Sí, señor; usted es el Comandante que vive encima de nosotras.
- RAM. Eso es; en el piso de arriba. Bien; pues ante todo, toma. (Dándole dinero.)
- TOM. Muchas gracias; no se moleste; no sé por qué...
- RAM. Es que quiero que me des algunos detalles...
- TOM. Pues usted dirá. (¡Anda! Este propina y el otro propina; da gusto servir á los militares.)
- RAM. Segúu me ha dicho mi asistente, ha llegado anoche á esta casa un forastero, jefe de Infantería.
- TOM. Sí, señor.
- RAM. ¿Y sabes de dónde viene?
- TOM. Yo no sé más que lo que la señora me ha dicho.
- RAM. ¿Y qué le ha dicho?
- TOM. Que es militar, que tiene mal genio y que si lo sirvo bien me dará buena propina.
- RAM. ¿Y tampoco sabes á qué hora fija estará en casa?
- TOM. Eso sí, señor, porque me han dicho que si venía algún encargo ó visita para el señor militar, que lo recibiera, porque venía en seguidita. De modo que si quiere usted esperar un momento...
- RAM. Pues mira, sí. Voy á aguardar un poco, porque mi sobrina ha salido con la señora de compañía y tardarán un rato.
- TOM. Pues entonces, con el permiso. Mientras usted es, era voy á seguir aviando la casa; si le ocurre algo me llama. (Vase foro.)

ESCENA VII

RAMIREZ; luego ARTURO

- RAM. Pues, señor, por fin encontré la disculpa tan deseada para visitar esta casa. Por la razón de ser señoras solas, no recibían visita de hombre alguno; así es, que hasta este momento no he podido encontrar un motivo natural para tratar de cerca á estas vecinitas; y lo cierto es, que desde que las conocí, aunque todo nuestro trato ha sido algún saludo al subir ó bajar la escalera, siento una rara y vehemente simpatía por esta señora; y con motivo de la llegada de un compañero de armas, es natural que otro compañero y vecino baje á ofrecerse incondicionalmente á su camarada; y ¿quién sabe si será algún amigo que pueda ayudarme á intimar con esta simpática familia? (Llaman.) ¿Han llamado? ¿Será él ó serán ellas?
- ART. (Sin el pañuelo á la cara.) Bueno; pues si no están las esperaré (¡Caracoles!... ¡Un señor!)
- RAM. (Pues no es él, ni ellas. ¿Quién será éste?)
- ART. (¡Ab! Este debe ser el tío. ¡El Comandante!)
- RAM. ¡Caballero!
- ART. (Sí, justo) ¿Cómo está usted?
- RAM. Bien; y usted... ¡Pero yo no tengo el gusto de conocerle!
- ART. ¡Ya lo sé! Pero yo á usted sí, aunque no he tenido el honor de tratarle hasta ahora.
- RAM. ¿De modo que usted sabe?...
- ART. Sí, señor; sé que hoy es el primer día que está usted en esta casa.
- RAM. Efectivamente.
- ART. Que es usted Comandante.
- RAM. Es verdad.
- ART. Y que quiere usted mucho á su sobrina.
- RAM. También es cierto.

- ART. Pues ya que he tenido el gusto de conocerle y como sólo esperaba el ser presentado á usted para hablarle de un asunto que me interesa, al encontrarle á usted aquí he pensado aprovechar, si usted me lo permite, esta ocasión para hablarle seriamente de su sobrina.
- RAM. ¿De mi sobrina?
- ART. Sí. A usted le extrañará porque ella todavía no le habrá dicho nada respecto de mí.
- RAM. ¿Respecto de usted?
- ART. Sí; vamos, de nuestras relaciones.
- RAM. ¿Que usted tiene relaciones con mi sobrina sin yo saberlo?
- ART. Pues lo sabrá usted hoy mismo, porque ella se lo dirá, y siento que ahora no esté en casa para decírselo, pues, según la criada, han salido.
- RAM. Sí; efectivamente, han salido. Estaba yo haciendo tiempo hasta que volvieran, pero no me explico ..
- ART. Todo se lo explicará usted en cuanto vuelvan.
- RAM. Pero es que yo tengo noticias de que mi sobrina se cartea con el hijo de un amigo mío que está de alumno en la Academia de Toledo, y con el que yo creía que tenía relaciones
- ART. ¿Cómo?
- RAM. Pero por lo visto...
- ART. ¡Ca, hombre! Ella misma le dirá á usted que no quiere á nadie más que á mí. Y le advierto á usted que tanto como ella me quiere su madre.
- RAM. ¿Su madre?
- ART. Sí, su madre.
- RAM. ¿Pero la madre de quién?
- ART. Pues de ella; de mi novia, de su sobrina de usted, con la que acaba de salir, con la que va á misa, con la que la acompaña siempre, de la que no se separa nunca...
- RAM. ¡Pero hombre de Dios, si esa no es su madre!

ART. ¿Cómo que no?

RAM. Es una señora de compañía que hace las veces de madre, porque como yo soy soltero. ella huérfana, y no teníamos otra mujer en la familia, está á su lado desde pequeña; y sí la quiere como á una hija, pero no es ni pariente suya.

ART. ¡De modo que me han ocultado lo de las cartas de Toledo; no me han dicho que su mamá no era su mamá! Pues yo necesito una explicación con ella para aclarar esto, y sobre todo para justificarme ante usted.

RAM. No, amigo mío; el que necesita esa explicación soy yo; yo soy el que hablaré con ella y aclararé todo esto, porque usted me perdonará, pero dice usted tales cosas de mi sobrina, de sus relaciones y de su proceder, que me hace usted dudar de sus facultades mentales.

ART. Oiga usted, que yo no estoy loco.

RAM. ¡Pues lo estaré yo! Pero, de todos modos, lo mejor es esperar á que yo hable con mi sobrina; que usted se retire hasta ese momento y cuando usted vuelva yo le diré lo que he hablado con ella y sabremos á qué atenernos.

Pues sí, señor; me voy, pero volveré; vaya si volveré, para que delante de usted le diga lo que me quiere y que no será más que mía, y muy mía, como me lo ha jurado muchas veces.

RAM. Eso ya lo veremos.

ART. ¡Ya lo creo que nos veremos! Ni una palabra más. Y servidor de usted. Y hasta muy pronto. Pues no faltaba más. (Vase foro.)

RAM. Este titere está loco, porque mi sobrina es incapaz. En fin, luego la preguntaré... Y estas señoras tardan. (Llaman.) Esas deben ser.

ESCENA VIII

DICHO y DON FRANCISCO; luego TOMASA.

D. FRAN. (Saliendo.) ¿Preguntando por mí? Veamos

RAM. ¡Francisco!

D. FRAN. ¡Pero Carlos! ¿Eres tú? . .

RAM. El mismo.

D. FRAN. ¡Qué sorpresa! (Abrazándose.)

RAM. ¡Qué satisfacción! ¿De modo que has llegado anoche?

D. FRAN. Sí, chico, de Logroño, y destinado á Madrid.

RAM. Lo que me alegró.

D. FRAN. Pero ¿cómo te has enterado?

RAM. ¡Ca, hombre! si no sabía nada.

D. FRAN. Entonces...

RAM. Verás; yo vivo en el piso de arriba hace unos años con aquella sobrina que recogí y una señora que la acompaña.

D. FRAN. Muy bien.

RAM. Y en este piso que está debajo del mío vive con su hija una señora viuda, cuya señora, te diré en confianza, que no me es indiferente.

D. FRAN. ¡Holal Tú, el solterou empedernido. .

RAM. Qué quieres, chico; esto me rejuvenece; me parece que estoy en los tiempos de cadete.

D. FRAN. Y qué, ¿tienes relaciones con ella, ó...?

RAM. No, si es la primera vez que vengo á su casa; nos conocemos de vista nada más; como son señoras solas no reciben apenas visitas, y además son muy retraídas. Pero yo, enterado de que había venido un militar á instalarse en la casa, pensé: nunca mejor ocasión, bajo á ofrecerme como compañero y esto justifica mi visita y me da pretexto para tratarlas, como era mi deseo.

D. FRAN. Muy bien, amigo Ramírez, y en vez de encontrarte con un desconocido te tropiezas con un amigo íntimo; amigo que está para

- todo lo que te ocurra enteramente á tu disposición. Eso es suerte.
- RAM. No lo niego, y supongo que hoy subirás á almorzar con nosotros.
- D. FRAN. Hombre, la verdad, es el primer día...
- RAM. Pero oye tú. ¿De qué conocías á estas señoras?
- D. FRAN. Yo... pues son parientas...
- RAM. ¿Parientas?
- D. FRAN. Sí... pero lejanas.
- RAM. Bueno; pues ya que no subes á almorzar, quiero al menos que te conozca mi sobrina; que veas mi casa, que es la tuya, y allí prepararemos el plan que te parezca mejor para que pueda yo intimar con tu parienta lejana.
- D. FRAN. (Mirando al reloj.) Sí, tenemos tiempo. Hasta la una no comemos. ¡Tomasa!
- TOM. (Saliendo.) Señor.
- D. FRAN. Cuando vengan las señoras las dice usted que he estado aquí, pero que tengo que salir y vendré á la hora de almorzar.
- TOM. Está bien.
- RAM. Vamos. Escucha una cosa; si te parece será mejor que tú me presentes por primera vez á estas señoras, para lo cual es necesario que no sepan que yo me había presentado espontáneamente.
- D. FRAN. Claro, es mucho mejor.
- RAM. Pues entonces toma (A Tomasa, dándole dinero.) y no digas que he estado aquí.
- TOM. No tenga usted cuidao, no diré nada. (Vanse Francisco y Ramírez, foro.)

ESCENA IX

TOMASA; después SOLEDAD y ANITA.

- TOM. ¡Otra propina y van dos! ¡y aún no ha empezado el otro! Esto marcha bien; está visto no tiene cuenta el servir á mujeres solas; en

habiendo hombres por en medio da gusto todo. (Campanillazo.) Será que vuelven. (Vase á abrir)

SOL. (Con paquetes y envoltorios.) ¡Uf! Lo que hemos corrido y qué caro está todo. Voy á colocar esto en el cuarto de tu tío y á dejarlo bien arreglado.

TOM. ¡Ah! señorita; su tío ha estao aquí y ha dicho que tenía que salir un instante; pero que volverá á almorzar.

SOL Bueno. (Entra en la izquierda.)

ESCENA X

DICHOS menos SOLEDAD; luego ARTURO

TOM. Y también ha estao el señorito.

ANIT. ¿Arturo?

TOM. Y se marchó sin decir nada. Se conoce que pensará volver. (Campanilla y vase Tomasa.)

ANIT. Pronto volvió Arturo, se conoce que el dentista lo despachó en seguida. ¿Se la habrá sacado?

ART. ¡Anita!

ANIT. Hola, Arturo.

ART. Vengo desesperado.

ANIT. ¿Te han dado muchos tirones, eh?

ART. Lo que me han dado es un disgusto.

ANIT. Qué, ¿no te la han sacado?

ART. No se trata de eso. El dolor de muelas me desapareció de repente sólo con llegar á la puerta del dentista.

ANIT. ¿Pues por qué estás desesperado?

ART. Por ti.

ANIT. ¿Por mí?

ART. Sí; necesito que hablemos, pero muy seriamente.

ANIT. Pero ¿qué te pasa?

ART. Pues que he estado aquí hace un rato.

ANIT. Ya lo sé; me lo ha dicho Tomasa.

ART. Bueno; y además que ha estado también tu tío, el Comandante.

- ANIT. También lo sé.
- ART. Pero no sabes que he hablado con él, que me he presentado, y que al enterarle de nuestras relaciones me ha dicho lo de tus cartitas amorosas con el alumno de Toledo.
- ANIT. ¿Qué cartas?
- ART. Y me ha dicho también lo del engaño de tu madre.
- ANIT. ¿Qué engaño?
- ART. Y, por lo tanto, sé que cuando me ocultas lo de Toledo, es que me haces traición; que cuando no me dices lo de tu madre, es que no tienes confianza, y que cuando á un novio se le oculta y se le engaña, en vez de amor y cariño hay premeditación, ensañamiento y alevosía. ¡Ea! ¡Ya lo sabes todo, y haber si no es para estar desesperado!
- ANIT. ¡Pero Arturo! ¿Qué dices? ¿Estás loco?
- ART. ¡Sí; eso decía tu tío! Pero no hay tal cosa y lo que no quiero es pasar plaza de tonto.
- ANIT. Pero vamos á ver: explíquemonos. ¿Tú has hablado con mi tío?
- ART. Sí.
- ANIT. ¿Y qué te ha dicho?
- ART. Que era el primer día que estaba en esta casa; que creía que tenías un novio en Toledo, y que tu madre no es tu madre.
- ANIT. ¿Pero ha dicho eso?
- ART. Eso.
- ANIT. ¿No será que te haya trastornado el dolor de muelas?
- ART. Sí; me ha trastornado el dolor, pero no el de muelas, sino el de tu ingratitud, de tu infamia y sobre todo la de doña Soledad; esa señora de compañía que pasa por tu madre. Y hemos concluido, se acabó...
- ANIT. (Está loco, Dios mío!) ¡Mamá! ¡Mamá! (Llorando.)

ESCENA XI

DICHOS y DOÑA SOLEDAD, por la izquierda.

- SOL. ¿Pero qué ocurre?
ART. Me alegro que venga usted.
SOL. ¡Ha habido algún disgusto!
ART. Sí, señora. Necesito inmediatamente hablar á solas con usted.
SOL. ¿A solas?
ART. Sí, señora. Es una cosa muy grave.
SOL. Anita, déjanos.
ANIT. (Llorando.) ¡Ay Dios mío! ¿Qué lío nos habrá armado ese señor? (Vase foro.)

ESCENA XII

DICHOS, menos ANITA

- ART. (Con misterio.) ¡Señora! ¿Por qué no me dijo desde el primer momento la verdad?
SOL. ¿Cómo la verdad?
ART. Sí, señora; la verdad, como me lo ha dicho el Comandante, el tío de Anita...
SOL. ¡Ah! ¿Luego usted ha hablado con el Comandante?
ART. Sí, señora; y me lo ha dicho todo.
SOL. Bueno, y qué le ha dicho á usted?
ART. En primer lugar, que usted y Anita me han engañado.
SOL. ¿Nosotras?
ART. Sí. Porque entre ustedes no hay tal parentesco.
SOL. (Asombrada.) ¿Le ha dicho á usted eso?..
ART. Sí, señora; que no son ustedes familia.
SOL. ¡Vaya un hombre de palabra!
ART. ¿Luego es verdad?
SOL. Sí, Arturo. Queríamos ocultárselo, pero ya

que él lo ha dicho, sépalo usted, no hay tal familia, el Comandante no es tío de Anita.

ART. ¿Tampoco?

SOL. ¿Cómo tampoco?

ART. Luego si el Comandante no es su tío, ni yo soy el novio, ni usted es su madre, ¿quién es Anita? ¿Quién es usted? ¿Quién es el Comandante? ¿Quién soy yo? ¿Qué embrollo es éste?

SOL. Pero, ¿está usted loco? ¿Qué no soy su madre?

ART. ¡Y dale con el loco!

SOL. ¡Pero explíquese usted, hombre de Dios! ¿Qué le ha dicho á usted el Comandante?

ART. Pues me ha dicho que usted es una señora de compañía, que Anita es huérfana, que se escribe con otro, que no hay mujeres en la familia, que él es soltero y que tendrá una explicación con su sobrina y averiguará si me quiere ó no me quiere.

SOL. La que va á tener una explicación con él soy yo. ¡Pues no faltaba más! Venir á infernar una casa tan tranquila.

ART. ¿Y qué hacemos?

SOL. Pues muy sencillo; e' Comandante va á llegar, porque es la hora de almorzar; usted va á entrar en ese cuarto, dispuesto á salir cuando le llamemos, y ya verá usted cómo se termina esto.

ART. Me alegro, y así la demostraré que yo no miento. (Llaman campanilla.)

SOL. Ese debe ser. Entre usted ahí. (Por la derecha.) (Llamando.) ¡Anita!

ESCENA XIII

SOLEDAD, ANITA; luego DON FRANCISCO

ANI. Qué, ¿se ha aclarado eso?

SOL. Se aclarará ahora mismo. El Comandante llega y él nos dirá qué lios son estos que ha armado con Arturo.

- D. FRAN. (Entrando.) ¿He hecho esperar mucho á mi querida familia? ¿Llego á tiempo?
- SOL. (Seria.) Sí, don Francisco, llega usted á tiempo.
- D. FRAN. ¡Qué caras más serias! ¿Ocurre algo?...
- SOL. Sí, señor. Ocurre algo muy desagradable.
- D. FRAN. ¿Cómo es eso?
- ANIT. Y por culpa de usted.
- D. FRAN. ¡Mía!
- ANIT. Sí, señor, de usted.
- D. FRAN. No me explico.
- SOL. Usted ha estado aquí antes, ¿no es cierto?
- D. FRAN. Sí. No habían ustedes llegado todavía.
- SOL. Bueno; y durante nuestra ausencia, ¿ha hablado usted con un caballero?
- D. FRAN. ¡Bah! ¡Ya lo ha dicho la criada! Sí; precisamente quería hablar á usted de él, porque se trata de un hombre muy simpático.
- ANIT. Ya lo creo.
- SOL. Pero, con el que usted se ha ido de la lengua y ha faltado á su palabra.
- D. FRAN. Señora. ¿Qué dice usted?
- SOL. Usted le ha dicho que usted no era de la familia.
- D. FRAN. Nada de eso.
- ANIT. Además, le ha dicho usted que yo me escribo con otro.
- D. FRAN. (Asombrado.) ¡Tampoco es cierto!
- SOL. Y que yo no soy la madre de Anita. ¿De dónde ha sacado usted eso?
- D. FRAN. Pero, señora, si yo no he dicho una palabra de lo que ustedes dicen; al contrario, él me ha dicho que estaba enamorado.
- ANIT. ¡Claro, de mí!
- D. FRAN. No; de su mamá de usted. Y que deseaba una ocasión para demostrárselo.
- SOL. ¿Pero qué dice usted?
- D. FRAN. ¡Lo que él me ha dicho! Y dentro de un rato tendré ocasión de repetirlo delante de él, puesto que le espero aquí.
- SOL. Sí, ya lo sé. ¡Ah! ¿De modo que no tiene usted inconveniente en seguir negándolo en su presencia?

D. FRAN. Al contrario, lo deseo.
SOL. Pues va usted á conseguirlo ahora mismo.
(Acercándose á la puerta derecha.) Salga usted.
(Sale Arturo.)

ESCENA XIV

DICHOS y ARTURO

D. FRAN. ¡Caballero!
ART. Señor mío.
SOL. Aquí le tiene usted, Arturo. ¿No es cierto que este señor le ha dicho á usted que no soy la madre de su novia? ¿Qué Anita se escribe con otro y que soy una señora de compañía?
ART. No, señora.
ANIT. ¡Cómo! ¿Ahora lo niegas?
ART. No lo niego, es que todo eso me lo han dicho; pero no este señor, á quien no conozco.
D. FRAN. ¿Lo ve usted?
ANIT. Pues ¿quién te lo ha dicho?
ART. El Comandante.
SOL. ¡Pero si el Comandante es este señor!
ART. ¡Quia! Este señor no es el Comandante.
D. FRAN. Entonces, ¿quién soy yo?
ART. ¡Otro que no sabe quién es!
D. FRAN. De modo, que este señor es el que ha armado este jaleo, y el que ha dicho que yo...
ART. Yo no he dicho nada; el que arma jaleos es usted. A quien me refería era al tío de Anita, es decir, al que no es tío de Anita, según me ha dicho doña Soledad.
D. FRAN. ¡Ah! ¿Luego ha sido usted la que ha dicho que no éramos de la familia?
SOL. Yo, no; ha sido usted.
D. FRAN. Yo tampoco.
ART. Ninguno de los dos: ha sido el Comandante.
SOL. Pero, ¿qué Comandante?
ART. Pues el que ha estado aquí; el que ha hablado conmigo...
D. FRAN. ¡Ah, vamos! ¡Ahora comprendo!

ESCENA FINAL

DICHOS, TOMASA, después RAMIREZ

- TOM. (Saliendo.) El vecino de arriba que pregunta por don Francisco.
- SOL. ¿El vecino?
- D. FRAN. Que pase. (Vase Tomasa.)
- RAM. (Entrando.) Con permiso.
- ART. Hombre, me alegro. Hágame usted el favor. Diga usted delante de estas señoras lo que me ha dicho usted antes de ellas.
- RAM. ¡De estas señoras! ¡Ni una palabra!
- ART. ¡Cómo que nada! ¿Usted no me ha hablado de doña Soledad, de esta señora?
- RAM. No, señor; á quien he hablado de ella es á mi amigo don Francisco.
- D. FRAN. Es cierto, y ya se lo he dicho.
- ART. (A Ramirez.) Pero, ¿usted no dijo que su sobrina se escribía con uno de Toledo?
- RAM. Y eso es verdad..
- ART. (A Anita.) ¿Lo oyes? ¿Qué dices tú á eso?
- ANIT. Yo nada.
- SOL. Pero, ¿qué enredo está usted armando, y qué tiene que ver la sobrina de este señor con todo eso?
- RAM. Afortunadamente, nada; porque mi sobrina, á quien he preguntado, dice que ni le conoce á usted ni le ha visto en su vida.
- ART. Pero, ¿su sobrina de usted no es ésta? (Por Anita.)
- RAM. No, señor.
- ART. Tampoco.
- RAM. Mi sobrina está en su casa, en el piso de arriba.
- ART. ¿Luego el tío de Anita es usted? (Por don Francisco.)
- D. FRAN. Ya ha oído usted antes que no.
- ART. ¡Entonces es verdad que estoy loco!
- D. FRAN. No; es que, indudablemente, usted ha hablado antes con el Comandante Ramírez, mi

amigo, á quien presento á ustedes, y ha creído que hablaba conmigo, que, de acuerdo con doña Soledad, iba á pasar por tío de Anita.

ART. Pero cómo este señor me dijo que era el primer día que estaba en la casa y usted era el primer día que llegaba, y este señor me dijo que tenía una sobrina, yo creí que usted (Por Ramírez) era un tío de Anita; y como, por lo visto, para que yo me hiciera un lío, son ustedes los dos Comandantes y este señor estaba aquí sentado...

SOL. (A Ramírez.) ¿Pero usted ha estado en esta casa?

RAM. Sí, señora. Bajé á ofrecer mis servicios á un compañero, que resultó ser mi amigo Francisco, á quien he declarado el objeto principal de mi visita á esta casa, que espero mire usted con benevolencia.

D. FRAN. Y que, si usted no tiene inconveniente, seguirá visitándola, aunque no sea más, por ahora, que en calidad de amigo mío.

SOL. Con mucho gusto.

ART. (¿A que se me casa la suegra?)

RAM. Muchas gracias; y como esta señorita, por lo que he comprendido del lío que mi visita ha originado, está próxima á casarse con este señor, yo solicito el honor de ser el padrino de boda.

D. FRAN. Y yo, á mi vez, solicito ser también padrino si llega á efectuarse otra boda en esta casa.

RAM. Gracias, compañero, y aceptado.

ANIT. (A Arturo.) ¿Y ahora, estás convencido?

ART. Sí; pero buen susto he pasado. Con que doña Soledad, si usted quiere...

SOL. Sí, Arturo, cuanto antes, porque nuestro objeto principal era no vivir solas y que hubiera un hombre en la familia.

ART. Gracias, doña Soledad.

SOL. Sí, Arturo; le acepto á usted como hijo político.

ART. Muchas gracias.

RAM. ¿Y á mí?

SOL.

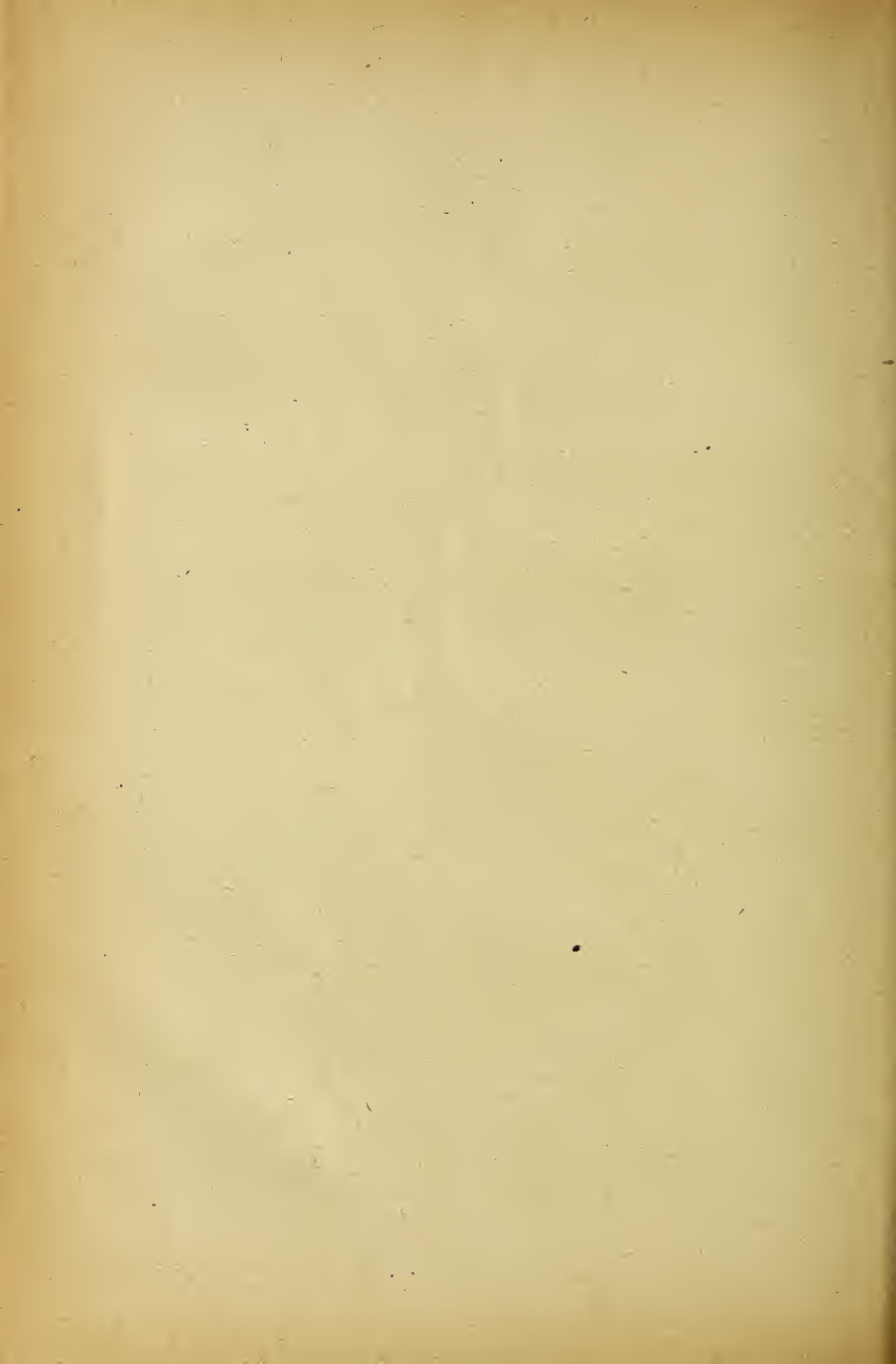
(Al público.)

Le aceptaré en el instante
sin ningún inconveniente,
si este público galante
me dice sinceramente
que le gusta «El Comandante».

TELÓN

OBRAS DE CELSO LUCIO

- | | |
|--|----------------------------|
| Á vista de pájaro. | La marcha de Cádiz. |
| El gorro frigio. | Los bandidos. |
| Boulangier. | El juicio del año. |
| El Mississipí. | Plantas y flores. |
| Un vaso de agua. | Los conejos. |
| Calderón. | El pobre diablo. |
| Pan de flor. | Los camarones. |
| Alta mar. | El arco iris. |
| Panorama nacional. | La guardia amarilla. |
| Sociedad secreta. | ¿Cytrato?... ¡De ver será! |
| Claveles dobles. | El último chulo. |
| Los secuestradores. | ¡Á cuarto y á dos!... |
| Los aparecidos. | El escaló. |
| El Gran Capitán. | María de los Ángeles. |
| Vía libre. | Una estrella. |
| El brazo derecho. | Juan y Manuela. |
| El reclamo. | Los cuatro palos. |
| Los Mostenses. | Fresa de Aranjuez. |
| Los Puritanos. | Los pensionistas. |
| El pie izquierdo. | El kilométrico. |
| Las amapolas. | El nuevo Ministerio. |
| Tabardillo. | Congreso feminista. |
| El cabo primero. | Premio de honor. |
| Pepito (parodia de <i>Juan José</i>). | La Puerta del Sol. |
| El príncipe heredero. | Alrededor del mundo. |
| Las malas lenguas. | La bocina de Regúlez. |
| El sueño de una noche de
verano. | Las campanadas. |
| | El Comandante. |



Los ejemplares de esta obra se hallan de venta únicamente en el Despacho Central, Arenal, 20.

Precio: UNA peseta.